

# Danza y Sexualidad

Ramiro Guerra



Todo ser lleva indeleblemente sobre sí los signos de la sexualidad que determinan una individualidad concreta en los géneros masculino y femenino. Dichos signos, constituirán dentro de la vida social significaciones de roles protagónicos en primer término, con respecto a las funciones de procreación y, en segunda instancia, de placer sensorial. Todo ello proyectará emociones que definirán un tipo de comunicación, una forma de comportamiento y una gestualidad. El receptáculo emisor es el cuerpo físico impulsado por la sensorialidad psíquica.

Siendo dicho cuerpo, objeto, sujeto e instrumento de la danza, éste no podrá evitar estar necesariamente involucrado en la sexualidad. De ahí que ningún otro arte como la danza para mostrarse bien inmerso en todos los significados y significantes del sexo en relación con la vida social y las sensaciones del mundo exterior.

Cuando se baila, una extensa cadena de imágenes que tienen que ver con el sexo es construida como vía de información para el medio circundante. La relación del bailarín o bailarina con el ojo receptor se revela a través de una profusa red de seducción que emana del cuerpo y de su expresividad. Por otra parte, la danza a su vez, se constituye en una forma de dominio del mundo que rodea al que baila. Ya desde la danza primitiva se conoce el hecho de que el hombre insta a la tierra hacia la fertilización con imágenes danzadas de copulación. Los desplazamientos espaciales primarios del círculo y la fila no son más que los signos estilizados de la vulva y el pene, receladores del hecho coital. Los grupos de hombres y mujeres que se entrelazan hacen mimesis del acto sexual en forma abstracta, sin contar con otras imágenes más crudamente directas como son las de bailarines desnudos o travestidos remedando

acciones sexuales.

Los grupos de hombres y mujeres que se entrelazan hacen mimesis del acto sexual en forma abstracta, sin contar con otras imágenes más crudamente directas como son las de bailarines desnudos o travestidos remedando acciones sexuales. De ello saldrán configuraciones cada vez más estilizadas en que acercamientos y separaciones, cruces y carreras, saltos y giros, van a crear un vocabulario que será la base del lenguaje expresivo de la danza como arte. El campesino celebrará la primavera -época de la siembra- y el otoño -época de recolección- con danzas en que hombres y mujeres alegremente celebran con el éxtasis del enfrentamiento de parejas con pateos, lanzamiento al aire de piernas, levantada de las faldas femeninas y sobre todo con un lúdico empuje preparatorio a la selección de parejas y enlaces matrimoniales. Cuando esas coreografías son llevadas a los salones, el tema sexual se habrá tamizado de tal forma que podrá constituirse en recreo de la vida social, aunque detrás de ello sigue manteniéndose el nexo de la sexualidad entre parejas, aun cuando esté integrada en un grupo. Más adelante se hará una individualización de la pareja estableciéndose una mayor intimidad que irá desde el juego de provocadora gestualidad de las danzas llamadas folklóricas, en que se insta un cortejo abierto, o más aún, el cerrado vínculo del abrazo que aunque a respetuoso distanciamiento no hace más que prefigurar el emparejamiento copular. La vida pública matizará los aspectos más crudos de la sexualidad dentro del baile de parejas, pero no por ello dejarán de establecerse los prolegómenos para ulteriores encuentros y concretas interrelaciones de tipo sexual.



Desde la contradanza, en cuadrillas o los lanceros, hasta el quieto e intimista danzón, se puede leer toda una cadena de eslabones en que aparece la historia de la sexualidad en el siglo XIX y principios del XX. La libertad entre la pareja se hace cada vez más acentuada en el cha-cha-cha y el mambo cuando se rompe el abrazo para separarse la pareja que solamente quedará unida y no siempre, por el contacto de la mano. Se ha pasado del baile “agarrao” al baile “separao”. La pariedad entre hombres y mujeres se hace cada vez más acentuada, igual que ocurre en la vida social al transcurso de nuestro siglo. Cuando se rompe el abrazo del baile de salón, se muestra el deshielo del sometimiento femenino en relación con la preeminencia masculina establecida por siglos. La mujer se siente más libre y desde esa libertad se expresa con mayor fuerza en ulteriores desarrollos danzarios, tales como el son y el baile a ritmo de salsa.

En el ámbito de la danza teatral, el pas de deux classique muestra un fuerte lucimiento de la mujer, aunque soportada de forma paternalista por la fuerza muscular masculina que opera como hábil marionetista, dejando ver solapadamente su égida protectora y dominante, cuando la hace girar, la lleva por los aires o la sostiene en sus difíciles equilibrios. Más tarde la mujer renunciará a ese externo lucimiento para imponer otras reglas del juego con la danza llamada moderna, contemporánea o posmoderna. Así será la mujer quien manipula el quehacer escénico convirtiéndose en creadora de obras en que las temáticas, a menudo, cuestionan la posición masculina de la sociedad. Es la época de la revolución sexual con la consiguiente liberación de la mujer en

la sociedad del siglo XX. A partir de ahí, se impondrán también otras liberaciones de marginaciones sexuales como las de los grupos homosexuales. Todo ello traerá a la escena la aparición de temáticas de relaciones amorosas entre mujeres por un lado, o de hombres entre sí por otro, con frecuente uso, inclusive, del desnudo.

Puede así decirse que el arte de la danza teatral que por mucho tiempo reveló una sexualidad colonizada y mediatizada por un fuerte control de estilizada moralidad, en las últimas décadas parece haberse convertido en uno de los más propicios vehículos artístico para expresar en imágenes danzarias la libertad sexual de nuestra época.